

HACIA UNA SOCIOLOGÍA DE LAS IDENTIDADES OBRERAS

Eleocadio Martínez Silva *

Introducción

En este ensayo se busca establecer un diálogo entre diferentes propuestas analíticas en el estudio de las identidades que posibilite la construcción de un entramado analítico para una sociología de las identidades obreras en México.

Busca contribuir al análisis de las identidades obreras en donde se privilegia una perspectiva sociológica desde la realidad latinoamericana. Trata, también, de una mirada para la reflexión acerca de la crisis y cambio en las identidades obreras cuando se pierde el empleo en un contexto nacional, en donde el obrero industrial tiene una corta historia. En entonces una mirada desde la sociología para reflexionar sobre las identidades obreras a partir del significado de la reestructuración y modernización industrial en la gran empresa de América Latina.

¿Cómo se constituyen las identidades obreras? ¿Qué ocurre con las identidades cuando se deja de ser obrero? ¿Cuál es el proceso de desplazamiento y cómo se (re)establecen las identidades? ¿Cuáles son los componentes de diferenciación que dibujan, perfilan y diferencian las vidas de las personas que dejan de ser obreros? A través de estas interrogantes en el presente ensayo se reflexiona teórica-

* Doctor en sociología por El Colegio de México. Profesor de Tiempo Completo de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León.



mente y sociológicamente sobre la formación, cambio y continuidad de las identidades obreras. Con lo cual se pretende agregar algunos elementos analíticos a la ya larga tradición de estudios sobre las identidades en México.

1. La identidad entre la integración y la fragmentación

En los estudios integracionistas se consigna un papel a los sujetos de meros recipientes de la cultura y a cierta imagen de las relaciones sociales, donde la pertenencia a un grupo se constituye por comparación y en oposición a otros grupos. En cambio, en los trabajos que se ubican en la fragmentación, la identidad social ya no se define por la internalización de reglas y normas si no por la capacidad estratégica de los actores, dando lugar así, al análisis de las identidades fragmentadas. En esta discusión se presentaron aproximaciones intermedias que sin dejar de reconocer la plasticidad de las identidades buscaron dotarlas de consistencia.

Además, dentro de este preámbulo hacia una sociología de las identidades obreras, rescato los aportes teórico-metodológicos de las investigaciones sobre la relación identidad-trabajo y cultura-trabajo, en donde una parte de la investigación pone la situación del trabajo en el centro de su atención y a partir de ahí trata de obtener referencias para la evolución futura tanto del trabajo como de la conciencia y de las actuaciones político-sociales de los trabajadores. En tanto, para otra línea de investigación, la situación del trabajo aparece como una variable dependiente, por lo que la identidad es vista como heterónomamente construida.

En lo que respecta a la primera línea de investigación, en el terreno de las identidades, el condicionamiento social tiene su máxima expresión en el funcional-estructuralismo parsoniano, en donde el condicionante es interpretado en términos de determinismo social y cultural. (Parsons 1968) en su propuesta sobre el sistema de la personalidad, concibe la identidad como el sistema central de significados de una personalidad individual, que orienta normativamente y confiere sentido a su acción y tiene la función de



Eleocadio Martínez Silva

mantenimiento del sistema. En este sentido, los significados no son construcciones arbitrarias, ni son construidos por los individuos en el marco de las interacciones cotidianas, como en el caso del interaccionismo simbólico, si no que resultan de la interiorización de valores, normas y códigos culturales generalizados, compartidos y mediados por un sistema social. En la visión parsoniana, la identidad, al construirse por la interiorización de normas y símbolos, en términos funcionalistas, subyace la idea de un individuo que se integra pasivamente al orden social.

En esta sociología funcionalista, señala Dubet, “la identidad es inseparable de la socialización y de su eficacia. Mientras más compleja y dinámica es la sociedad más se concibe al proceso de identificación como un elemento central del orden social, ya que la identidad producida borraría las tensiones entre conciencia individual y conciencia colectiva. La identidad encarnará el principio de unidad de las orientaciones normativas más allá de la diversidad de los roles, un cierto individualismo será necesario para adaptarse al cambio”.¹

En la sociología del trabajo, la visión integradora ha tenido su expresión en el determinismo de su enfoque. Más allá de sus aportes, investigaciones pioneras sobre la clase obrera le otorgaron un gran peso a factores estructurales en la conformación de la cultura, la identidad y la acción de los obreros, con lo que dejaron poco campo para el análisis sobre la capacidad de acción de los actores.² Se da, en palabras de Reygadas, una especie de exclusión de la subjetividad individual, lo que tuvo un costo en los estudios sobre la clase obrera frenando su desarrollo.

En las obras del interaccionismo simbólico³ se encuentran importantes críticas al modelo determinista de las identidades, proporcionando herramientas conceptuales sobre su carácter múltiple

¹ Dubet, Francois (1989).

² Quienes han analizado las obras de Francisco Zapata e Ilián Bizberg señalan que los autores le otorgan un sobrepeso a factores estructurales para explicar la acción obrera.

³ Goffman, Erving (1993 y 1970).





y variable. En esta perspectiva sociológica, la identidad no es analizada como un producto estable del sistema social y cultural, sino como resultado de procesos de negociación que los individuos establecen en el curso de las interacciones cotidianas.

“Si bien para el interaccionismo simbólico existen códigos y valores generalmente compartidos que permiten las interacciones cotidianas, únicamente son el marco dentro del cual se desarrolla la acción y no el determinante de esta acción. Más aún, los valores comunes no constituyen modelos normativos de la acción individual, sino sólo reglas del juego, es decir, reglas convencionales mínimas requeridas para la comunicación” (Giménez, 1992)

Tal proceso de negociación es lo que le otorga el carácter “efímero” y “múltiple” a las identidades. En el modelo dramaturgico de Goffman (1993) los actores, en el marco de su vida cotidiana, buscan presentar una imagen deseada por ellos mismos y en consonancia con las expectativas del público; pero como la vida cotidiana es cambiante sus representaciones y público también lo son, por lo que los actores tienen que asumir a su vez diferentes identidades. Además, en su relación con el público, el actor siempre está dispuesto a negociar su identidad a cambio de su aceptación social.

Esta fragmentación, en términos de Giddens (1977) equivale a la existencia de una vida social caracterizada por procesos profundos de reorganización del tiempo y espacio en donde los individuos, sin negar influencias normalizadoras, se ven empujados a elegir estilos de vida entre una diversidad de opciones, esto ante la disolución de lazos externos —parentesco, obligaciones sociales o tradicionales— y la emergencia de relaciones puras como prototipos de las nuevas esferas de la vida personal, por lo que la construcción de la identidad recae en el esfuerzo cotidiano de los individuos más que en entidades integradoras. Individualismo que, según Maffesoli (1990) diluye los vestigios de las identidades tradicionales como la racionalidad, el reconocimiento y la intencionalidad.

Con la irrupción del sujeto, como afirma Reygadas, entró en escena la heterogeneidad, los factores contextuales y la contingencia, que si bien agregaron importantes herramientas conceptuales para el estudio de la realidad social, también llevaron a la investigación al riesgo de caer en la fragmentación, ya que, sin negar sus aportaciones, estos enfoques mostraron importantes limitaciones, pues “se han dirigido a una especie de callejón sin salida, en la medida de que no trascienden de la descripción de la pluralidad y la fragmentación, perdiendo de vista las características integradoras, lo que en un contexto de globalización nos presentan a culturas e identidades inconexas” (Reygadas,1998: 26)

En la reflexión sobre las identidades, en el debate entre la estructura y el sujeto, según Giménez,⁴ se reconoció la plasticidad y la consistencia de las identidades. Ejemplo de este esfuerzo fue la propuesta de Ralph H. Turner quien enfatizó el carácter experimental y exploratorio de la identidad de las personas. Para Turner la identidad es factor determinante y producto de la interacción social, ya que en la interacción social los individuos -y él mismo- le otorgan responsabilidades que le permitan prever comportamientos futuros, pero a la vez la identidad experimenta cambios en la interacción, ya que es sometida a revisión.⁵

Desde la sociología francesa contemporánea también se presentan intentos por salir del debate entre la homogenización y lo incierto en la formación de sentido. Francois Dubet (1989), en su esfuerzo por clarificar y acotar el concepto de identidad social, señala la necesidad de no encasillarlo en una de las distintas vertientes en que ha sido abordado: la construida como integración; como

⁴ Giménez, Gilberto (1992).

⁵Esta contribución de Turner, proviene de su concepción sobre “la identidad y la imagen de sí la primera responde a valores y aspiraciones durables que el individuo percibe como constitutivos de su yo profundo, mientras que la segunda registra su apariencia en un determinado instante. La primera es relativamente inmutable, la segunda es efímera, variable y plural. Si bien existe incongruencia entre ambas esferas no ponen en peligro la identidad, ya que las personas tratan de superar las incongruencias revisando las concepciones de sí en base a las imágenes de sí que los otros devuelven. (Giménez, 1992).



recurso estratégico para la acción y como convicción-compromiso. Para él, los actores comparten estos tipos de identidades con diversos grados de intensidad, en la medida que “la identidad social es un proceso complejo y contradictorio porque el actor se construye en varios niveles de la práctica, de los cuales cada uno tiene su propia lógica y remite a tipos específicos de relaciones sociales”(Dubet, 1989: 534) En tanto, Claude Dubar (1998) propone dar una salida a las relaciones entre los individuos y las instituciones sociales a través de observar la transacción entre identidad real subjetiva y la identidad virtual objetiva -es decir, la relación que establece el sujeto consigo mismo y la del sujeto con los otros- y entre las identidades heredadas y las identidades pretendidas. Ambas transacciones insertas en los contextos en los que los individuos se desarrollan en el transcurso de sus vidas. Esta teoría de la doble transacción representa, según Giménez (1992), una novedosa perspectiva en torno a la identidad social, en donde se reconoce lo complejo del proceso comunicativo que se construye desde los individuos en contextos sociales e históricamente estructurados.

2. Identidad y cultura obrera

Las agendas de investigación de la sociología y antropología del trabajo son un reflejo de las discusiones fenomenológicas y ontológicas revisadas en los dos anteriores apartados. Los trabajos de Geysler Margel (2001) y Rocío Guadarrama (2006) son una expresión de este debate. Sus estudios se unen en la búsqueda por “aterrizar” las abstracciones de la sociología francesa sobre la identidad, principalmente la representada por Claude Dubar. Sus investigaciones refuerzan el debate acerca de la lógica categorial y de la lógica societal en la construcción de identidades, ubicándolos en el doble proceso de autoreconocimiento y de legitimación institucional de carácter dinámico.

Margel, si bien no niega la importancia de las diferentes esferas de la vida en la construcción de sentido, no impide que su estudio



Eleocadio Martínez Silva

quede ubicado dentro de la misma lógica de los trabajos pioneros de los años setenta-ochenta sobre la cultura obrera, los cuales daban primacía al trabajo como la actividad generadora de sentido individual y colectivo.

A pesar del constreñimiento al que su concepción de identidad somete a sus observables, al igual que en Guadarrama, ese concepto es dinámico, ya que lo ve como un proceso a través del cual los sujetos intentan organizar desde el punto de vista subjetivo los diferentes espacios y las diferentes lógicas desde las cuales se autoidentifican y desde las cuales reclaman ser reconocidos.

Asimismo, una vasta agenda de investigación se desarrolló en torno a quiénes adjudicaban la centralidad al espacio del trabajo en la conformación de la cultura obrera y en quienes sostenían que el comportamiento de los obreros en las fábricas estaba determinado por los valores de la sociedad.⁶

Esta discusión llevó a marcar dos líneas de investigación, “si las normas y valores de los obreros eran generados en el trabajo o provenían de la sociedad en general, y muy ligado a lo anterior, el debate en torno a los valores y concepciones del mundo que la clase obrera comparte con otros sectores sociales” (Reygadas, 1998: 32)

La discusión académica sobre cultura obrera mexicana - la centralidad del trabajo en la conformación de la cultura obrera y la preeminencia de otros espacios del mundo de vida en la formación de la cultura obrera-, tuvo su expresión en la antropología mexicana en los trabajos de Victoria Novelo y Juan Luis Sariego. El concepto de cultura obrera acuñado por Novelo (1999) -tomado como el proceso de desarrollo de una manera de concebir el mundo y de expresarse en él vinculado, o más que eso, entretelado al desarrollo de la conciencia como análisis crítico y toma de posición ante las condiciones específicas de existencia- estaba sobredeterminado por el concepto de conciencia de clase, por lo que sobre politizó el análisis concreto.

⁶ En la primera posición están los trabajos de Waker, Guest, Butler, Rose, Mallet, Touraine. En el segundo, los escritos ya clásicos de Goldthorpe y Lockwood.



“El análisis teórico estaba orientado por la idea de cómo debería de ser la clase obrera de acuerdo con un postulado político-ideológico. Por esa enorme brecha entre los obreros realmente existentes –captados en la etnografía- y el arquetipo de la clase obrera ideal –postulado por la teoría- se escapaba el análisis concreto de la cultura obrera” (Reygadas, 1998: 34)

En tanto, la línea de investigación de Sariego (1998) se alejó, según Reygadas, de la propuesta de Novelo, y abrió las posibilidades de estudiar a la clase obrera en su diversidad, ya que: “...entiende la cultura obrera como un fenómeno histórico, como un conjunto de respuestas que cambian en diferentes situaciones....encuentra tanto procesos de formación como de crisis y redefinición...muestra el carácter relacional de las culturas obreras del trabajo, considera que son siempre contraculturales, expresiones simbólicas que se forman en oposición a otras, en contrapunto con la cultura de la empresa, confrontación en la que se forma la identidad obrera” (Reygadas, 1998: 35)

Para Reygadas, las nociones de cultura obrera manejadas por Novelo y Sariego se dirigen al hecho de que las condiciones del trabajo industrial generan realidades culturales y ayudan a comprender los sistemas simbólicos que identifican a los obreros, en virtud de que comparten situaciones de clase y relaciones de producción específicas.

Ante la centralidad otorgada al trabajo y a las condiciones de clase en la producción simbólica de los obreros presentes en los estudios antropológicos citados, Reygadas propone ver la influencia del trabajo sobre la cultura y de ésta sobre el trabajo, ya que ambos aspectos forman parte de la misma realidad social, los dos contribuyen a construirla al mismo tiempo. Por lo que propone un enfoque, que da cuenta de las mediaciones que van del trabajo a la cultura y de la cultura al trabajo.

Este debate ha llevado la investigación a nuevos derroteros. Guadarrama, por ejemplo, utiliza el concepto de cultura laboral





Eleocadio Martínez Silva

“que implica el complejo proceso de formación de identidades obreras conformado por las múltiples y zigzagueantes trayectorias biográfico-laborales, por las redes sociales que entrecruzan el espacio del trabajo y los espacios sociales más amplios, por la acumulación y sedimentación de valores y estrategias que guían la acción espontánea y organizada, por el conflicto entre culturas corporativas y las subculturas ocupacionales, de género y étnicas, etcétera.” (Reygadas, 1998: 37) Por su parte, Reygadas utiliza el concepto de ‘cultura del trabajo’ como herramienta para analizar la dimensión simbólica de las relaciones laborales en la industria, considerando tanto los elementos que distinguen a los obreros como aquellos que los enlazan con otros grupos sociales, lo que implica “investigar las maneras en que el proceso laboral incide sobre el proceso de la producción de significados y las influencias que ejerce la cultura sobre el desarrollo de la actividad productiva, todo ello mediado por los proceso de conflicto y negociación que ocurren durante el ejercicio del trabajo” (Reygadas, 1998: 56)

En tanto, Luis Vázquez (1999) introduce por primera vez herramientas conceptuales y metodológicas de la sociología fenomenológica para el estudio de las identidades obreras, analizando las acciones individuales y colectivas que hacen que las personas se identifiquen y constituyan como obreros. El uso de la perspectiva interpretativa le permite a Vázquez analizar la construcción de las identidades de los obreros desde diferentes esferas del mundo de la vida ubicadas tanto dentro como fuera de las relaciones de trabajo, dándole a su estudio la posibilidad de ver la heterogeneidad de identidades dentro de un mismo grupo social.

En el contexto de este debate, las perspectivas sociológicas de Francois Dubet y Claude Dubar, revisadas páginas arriba, ofrecen un concepto de identidad dinámico, que en palabras de Giménez contiene una gran capacidad de variación, re-acomodamiento y modulación interna. Lo cual permite concebir a la identidad de los fundidores como un proceso activo y complejo históricamente situado y resultante de conflictos y luchas, “en donde su mutación o transformación resultan de circunstancias históricas y su continui-



dad requiere que la representación de la identidad comparta un marco interpretativo que permita vincular entre sí las experiencias pasadas, presentes y futuras en la unidad de una biografía -en el caso del individuo) o de una memoria colectiva (en el caso de un grupo, de una etnia, etcétera-” (Giménez, 1992:192)

3. Sociología de las identidades obreras

La sociología de las identidades obreras, que se abordará en este apartado, está fuertemente ligada a la cohorte de trabajadores fordistas en cuanto objeto de estudio. Tal peculiaridad se presenta en cuatro aspectos: Primero: el proceso de formación de la identidad obrera se presentó en el contexto de un pacto fordista que normó las relaciones laborales entre los patrones y los trabajadores. Segundo: la identidad se presentó en medio de una fuerte superposición entre el trabajo y otras esferas de la vida cotidiana. En este mundo los obreros experimentaron diferentes tipos de experiencias en sus relaciones sociales. De aquí se desprende la hipótesis de que para aquellos obreros sindicalistas; obreros de oficio; trabajadores con una importante sociabilidad en los barrios, el construir o mantener una identidad es fundamental en sus vidas. En cambio, para quienes no estuvieron inmersos en estas experiencias, la construcción de una identidad obrera pasa a segundo orden, en tanto que la sobrevivencia diaria y la búsqueda de pautas identitarias fuera del grupo social de origen se convierten en los elementos de mayor peso en sus vidas.

Tercero: el colapso del mundo obrero equivalió a una des-estructuración de la vida cotidiana de los trabajadores. Por lo que la hipótesis apunta a lo siguiente: para los trabajadores con experiencias sindicales, de trabajo de oficio, de historia familiar, el colapso del mundo obrero es una inflexión en sus vidas. En tanto, para los que no tuvieron las mismas experiencias, la pérdida del trabajo representó un ciclo más en sus vidas. Por lo tanto, la expulsión del mundo obrero es experimentada como destructora o como un evento más en sus vidas. Cuarto: los trabajadores que entraron a un proce-



Eleocadio Martínez Silva

so de cambio y continuidad en su identidad obrera. La hipótesis es que los obreros que experimentaron fuertes relaciones sociales sindicales y de trabajo entraron en un proceso de reforzamiento de la identidad obrera, mientras que quienes no tuvieron las mismas experiencias transitaron por el desplazamiento de la identidad de fundidores. Lo común en estas dos experiencias es que se entrelazan su pasado obrero, el presente vivenciado y las expectativas de futuro en la conformación de sus vidas.

Quinto: a pesar de la desaparición de la fábrica, como uno de los principales elementos de integración, la permanencia de otras esferas de socialización de los fundidores como los barrios, las cantinas, los equipos deportivos; y la familia, posibilitaron una continuidad en la cohesión y solidaridad entre los fundidores, así como en formas de pensar, de ver la vida.

Estas hipótesis y argumentos sobre la constitución, cambio y continuidad en las identidades obreras serán conceptualizadas, principalmente, a partir de un diálogo en torno al andamiaje teórico-metodológico de los estudios sobre la vida cotidiana (Schutz, Berger y Luckmann, Ágnes Heller y Habermas); de la perspectiva del curso de vida (Elder y Hareven) y de los estudios del Rol (Helen Fuchs), así como la perspectiva metodológica presente en la sociología clínica (propuesta por Vincent De Gaulejac)

La construcción de la identidad obrera

Desde una sociología fenomenológica, Alfred Schutz (1972) sostiene que las experiencias verificadas en el trabajo y los potenciales de conflicto que de él derivan vienen constituidos, quebrados y diferenciados por interpretaciones propias y extrañas que se adquieren fuera del trabajo.

Esta pluralidad de mundo de vida es utilizada para sostener que la sociedad actual carece de elementos integradores de la magnitud de la sociedad tradicional —no hay un orden integrador de significados que vincule los diferentes componentes del mundo de la vida encontrándose, en cambio, mundos que son diversos, discrepantes



y opuestos entre sí. De esta manera se deja abierta la posibilidad para el análisis heterogéneo de lo social y con ello el de las identidades. El impacto de esta pluralización (cultural) permite que eventualmente las personas puedan decidir por cuál de los mundos desean transitar, y por lo tanto les ofrece la posibilidad de asumir diferentes biografías en su trayectoria de vida, por lo que los individuos tienen la capacidad de planear su propia identidad.⁷

Es decir, “los actores se reconocen y se identifican con una pluralidad de factores extra-laborales: por ejemplo, el mundo de la vida cotidiana como estilo cultural y social de existencia; en él, los actores se sienten cómodamente más apegados y ven la posibilidad de intervenir en forma más inmediata y eficaz que en ámbitos cosificados y autorregulados como los sistemas económicos o políticos...” (Estrada, Marco, 1995: 2)

El mundo social schutziano no es homogéneo, si no que muestra una estructura multiforme, “cada una de sus esferas o regiones es a la vez una manera de percibir y de comprender las vivencias de otros” (Schutz, 1972: 169)⁸

En el caso de los obreros fordistas, ¿se puede sostener la existencia de una pluralidad de mundos? La respuesta es afirmativa, pero como ya se hizo mención, y como se observará a lo largo de la investigación, la familia, los amigos, los espacios de recreación, deporte, cultura, el barrio y el sindicato estaban fuertemente entrelazados con el trabajo. A esto volveremos más tarde, por lo pronto se continuará avanzando en la caracterización del mundo schutziano.

El mundo es construido intersubjetivamente,⁹ por lo que funciona como un marco común de interpretación para los actores.¹⁰ Este mundo es producto de estratificaciones culturales y sociales

⁷ Berger Peter, Berger B. y Keller H. (1979).

⁸ Tales estructuras multiformes del mundo de la vida schutziano se constituyen, según Estrada, en una clara referencia a las relaciones y posiciones que el yo mantiene con los otros y con las regiones o dominios del mundo social o de la vida cotidiana a las que dirige su atención, sus pensamientos, vivencias e intervenciones prácticas, esto es, “las estructuras del mundo de la vida son estructuras de las vivencias y relaciones del yo en ese mundo” ().

⁹ A diferencia de Husserl, para quien la intersubjetividad es vista como



Eleocadio Martínez Silva

de nuestros predecesores y que nosotros reproduciremos, es decir, es un mundo que heredamos y en el cual con nuestras acciones contribuimos a reproducir. Todas estas experiencias previas son acervo de conocimiento que nos permiten actuar en el mundo.¹¹ ¿Qué esquema de referencia estaba presente en la acción de los fundidores?

Este mundo de vida fenomenológico es altamente culturalista, “según el cual los patrones culturales de interpretación, de valorización y de expresión sirven como recursos para las faenas y rendimientos interpretativos de los participantes en la interacción que negocian una definición común de la situación, en cuyo marco poder llegar a un consenso sobre algo en el mundo” (Habermas, 2002: 191) En esta lógica schutziana, cabe interrogarse sobre el trasfondo estructural -el espacio y el tiempo- en que fue articulada la identidad de los ex fundidores, es decir, el mundo de vida,¹² por un lado, y la distribución diferencial del acervo de experiencias entre los obreros, por otro lado.

“Fenomenología Trascendental”, en Schutz la adopta a través de una “Psicología de fenomenología” ligada al ámbito mundano, un mundo que no es privado, sino intersubjetivo.

¹⁰ Además de ser intersubjetivo, el mundo de vida es aporético –por su incuestionabilidad- e indeterminado –debido a que como totalidad no está presente en cada acción, sólo tiene presencia de manera indirecta (Schutz y Luckmann, 1977).

¹¹ “El acervo de conocimiento correspondiente al pensarse dentro del mundo de la vida no debe de entenderse como un contexto transparente en su totalidad, sino más bien como una totalidad de evidencias que cambian de una citación a otra, puestas de relieve en un momento dado por un fondo de indeterminación. Esta totalidad no es captada como tal, pero está co-dada en el flujo de la experiencia como cierto fundamento confiable de toda explicitación situacionalmente determinada” (Schutz y Luckmann, 1977: 30).

¹² “El mundo de vida, es una estructura previa y fundante de nuestra experiencia de vida (social); es horizonte circundante en el que nos movemos prerreflexivamente - en el que nuestras experiencias, vivencias, acciones y actos se proyectan, suceden, etcétera-, y es depositario y receptor de todo ello. Así, el mundo de la vida es el trasfondo estructural de la vida cotidiana; intersubjetividad, sentido, estructuras de relevancia, tipificación, etcétera, son fenómenos predados y siempre presentes en la acción social, que la coproducen y cooperan en su realización” (Estrada, 2000: 148).



Esta perspectiva enfrenta a la investigación de las identidades al peligro de la sobredeterminación. Ya que si bien se presentan contingencias en la vida social que cuestionan nuestro conocimiento sobre el mundo, éste no deja de ser estable para los actores, no hay rupturas, debido, en mucho, a que es un mundo cargado de sentido heredado por nuestros predecesores.¹³ Ante esta sobredeterminación nos enfrentaremos al explorar los componentes que dibujan, perfilan y diferencian las vidas de los obreros.

Berger y Luckmann, fieles a los planteamientos fenomenológicos de Schutz, le otorgan centralidad a los componentes simbólicos para el entendimiento de la vida cotidiana, por lo que buscan comprender su estructura y así poder construir una definición de identidad, la cual corresponde a su concepción de la construcción de la realidad social.¹⁴ Para ellos, desde un punto de vista sociológico, la identidad “es siempre identidad dentro de un mundo específico y socialmente construido” (Berger,1982: 363)

La identidad es construida en base a una interacción entre lo objetivo y lo subjetivo en el mundo social,¹⁵ por lo que se deduce que en la vida cotidiana las personas viven una realidad que se presenta y se aprehende como ya objetivada y que tiene el sentido subjetivo de un mundo coherente y ordenado, ya que su mundo es social, tanto en sus orígenes como en su conservación, por lo que el orden es establecido colectivamente.

¹³ Esto es posible debido a las relaciones que establecen los sujetos en el tiempo y en el espacio con sus predecesores, contemporáneos, asociados y los sucesores. Las acciones de los sujetos resultan en concordancia al contexto significativo heredado por el pasado.

¹⁴ La realidad es definida por los autores como “una cualidad propia de los fenómenos que reconocemos como independientes de nuestra propia volición (no podemos hacerlos desaparecer) y definir el conocimiento como la certidumbre de que los fenómenos son reales y de que poseen características específicas” (Berger y Luckmann, 1976: 13).

¹⁵ “La sociedad, efectivamente, posee facticidad objetiva. Y la sociedad, efectivamente, está construida por una actividad que expresa un significado subjetivo...Es justamente el carácter dual de la sociedad en términos de facticidad objetiva y significado subjetivo lo que constituye su realidad sui generis...” (Berger y Luckmann,1976: 35)





Eleocadio Martínez Silva

“Aprendo la realidad de la vida cotidiana como una realidad ordenada. Sus fenómenos se presentan dispuestos de antemano en pautas que parecen independientes de mi aprehensión de ellos mismos y que se les imponen. La realidad de la vida cotidiana se presenta ya objetivada, o sea, constituida por un orden de objetos que han sido designados como objetos antes de que yo apareciera en escena” (Berger y Luckmann, 1976: 39)

En este sentido, la identidad se construye en base a la interrelación de tres mundos: el mundo simbólico, el social y el subjetivo; donde los sujetos se identifican con los roles sociales que desempeñan y con su posterior reflexión, es decir, el significado subjetivo otorgado a su realidad social el cual forzosamente tiene que corresponder a un marco simbólico compartido universalmente, con lo que la identidad logra su legitimidad.

“...no puedo existir en la vida cotidiana sin interactuar y comunicarme continuamente con otros. Sé que otros también aceptan las objetivaciones por las cuales este mundo se ordena, que también ellos organizan este mundo entorno a aquí y ahora, de su estar en él, y se proponen actuar en él. También sé que los otros tienen de este mundo común una perspectiva que no es idéntica a la mía. Mi aquí es un allí...A pesar de eso, sé que vivo en un mundo que nos es común. Y, lo que es de suma importancia, sé que hay una correspondencia continua entre mis significados y sus significados en este mundo”. (Berger y Luckmann, 1976: 40-41)

La socialización es el mecanismo mediante el cual se produce y reproduce la identidad, en la medida que toda sociedad posee un cierto repertorio de identidades que forman parte del conocimiento objetivo de sus miembros. A medida que el individuo es socializado, esas identidades son internalizadas. Entonces, “no sólo son dadas por descontado como constitutivas de una realidad objetiva



que están ahí, sino también como estructuras inevitables de la propia conciencia del individuo... En otras palabras, la socialización genera simetrías entre las realidades subjetiva y objetiva y entre las identidades subjetiva y objetiva” (Berger,1982: 358)

De esta manera, la identidad se lleva a cabo durante la socialización primaria, donde los individuos internalizan, en su vida cotidiana, una serie de normas, actitudes, tradiciones. Asimismo, en un segundo momento de la vida de las personas, la identidad es reproducida en el ámbito de una socialización secundaria, lo que implica una re-socialización. En el caso de los obreros, ¿se puede hablar de tres momentos de socialización? En el entendido que nacieron y crecieron en el mundo obrero. ¿Qué normas, tradiciones y actitudes internalizaron los obreros y continuaron en el tiempo?

De esta argumentación se desprende, tal como afirma Bizberg, que la identidad sólo es posible en relación con un mundo externo, en la medida que Berger y Luckmann plantean que “la identidad se conforma mediante procesos de exteriorización, de objetivación; de la externalización del mundo subjetivo y de la confrontación entre distintos mundos subjetivos eventualmente se construye el mundo social...Una identidad que no se confunde ni con el mundo objetivo, ni con el formativo, que tiene sus propias características, pero que además no es un mundo subjetivo que puede constituirse en el aislamiento, independientemente del mundo objetivo y social” (Bizberg, 1989: 509)

El análisis de la vida cotidiana de Ágnes Heller aporta nuevos elementos para la comprensión de la constitución de las identidades. De la obra de Schutz, Berger y Luckmann abrevamos elementos culturales y simbólicos en la constitución de las identidades y de la obra de Heller lo habremos de hacer por medio de elementos históricos, institucionales y materiales.

A diferencia de la sociología fenomenológica, para Heller, si bien acepta la idea de que la sociedad provee a todo individuo al nacer de reglas para la constitución de significados, las cuales son adquiridas en el proceso de socialización, este universo social es concreto, es la sociedad y la clase social en que la persona vivirá, por lo que lo ahí





Eleocadio Martínez Silva

adquirido son los cimientos de las posibilidades comunicativas, cognitivas, imaginativas, emotivas y creativas de la persona.

“La división social del trabajo es el ambiente social concreto. La integración se da a nivel de su propia capa, estrato o clase, trabajo manual y no manual, trabajo del campo y ciudad...Otros aspectos de la genericidad le son extraños, están frente a ellos como un mundo extraño, como un modo de costumbres, normas y aspiraciones, formas y modos de vida diversas que se contraponen a su mundo (a sus normas y costumbres, formas de vida y aspiraciones) como algo extraño y a veces hostil”

(Heller, 1977: 27)

Las personas tienen una participación activa en la formación de su identidad, ya que “en la vida cotidiana se expresa no solamente el modo por el cual yo he aprendido de mi padre ciertas reglas de vida fundamentales, sino también en el modo que yo las transmito a mi hijo. Yo soy representante de aquel mundo en el que otros nacen. En mi educar (en el modo en que yo presento el mundo acabado) repercutirán también mis experiencias personales, cuando comunico mi mundo, expreso también estas experiencias, cuando transmito mi mundo contemporáneo me objetivo también a mí mismo en cuanto que me he apropiado ya de este mundo” (Heller, 1977: 24-25)

Si bien Heller acepta la existencia de una pluralidad de mundos de vida, al ser la vida cotidiana un conjunto de actividades humanas heterogéneas -en cuanto a su importancia, contenido, objetivos y sentido-, señala que ninguno tiene una supremacía sobre otro, pero sí se presenta cierta jerarquía sociohistórica, donde unas actividades tienen primacía en la estructura de la vida cotidiana, en una sociedad histórica determinada, dentro de una clase y dentro de un estrato social específico.¹⁶ En tal sentido, cabe interrogarse si

¹⁶ (Estrada, Marco, 2000:29-130).



el mundo de la fábrica y el trabajo obrero fue la actividad central en la vida de los obreros y, a la vez, para cuál generación de obreros.

Heller enriquece el mundo de vida cotidiana cultural-simbólico propuesto por Schutz al introducir aspectos de lo material y social. Sin embargo, queda la impresión de que si tomamos sus conceptos para el análisis de la identidad, podemos caer en el peligro de reducirla a un proceso de socialización y a la satisfacción de expectativas sociales, ya que en la formación de la vida cotidiana del particular, el grupo es el factor primario, en la medida que el particular se apropia de la socialización de éste, “el grupo es un mediador en la elaboración de las normas y valores” (Heller, 1977: 69)

Además, como indica Marco Estrada (2000) tanto la propuesta de Heller como la de Schutz restringen la vida cotidiana a la esfera de la reproducción, “ya que a pesar de asegurar constantemente que la vida cotidiana no es sólo reproducción, sino también producción, espontaneidad, creatividad, etcétera, Heller restringe calladamente la vida cotidiana a la simple esfera de la reproducción....Schutz realiza con la actitud natural, una contorsión teórica parecida” (Estrada, 2000: 133)

Habermas le agrega mucho a lo hasta aquí ganado en la comprensión de las identidades obreras, ello en el marco de su teoría de la acción comunicativa para el entendimiento de la vida social en general y de la identidad social en particular¹⁷ todo a partir de los procesos de socialización presentes en las interacciones que establecen los sujetos.¹⁸

Para Habermas la identidad individual y social es posible debido a la existencia de estructuras compartidas de sentidos idénticos

¹⁷ A diferencia del modelo culturalista de Schutz, el mundo de la vida de Habermas incluye a la sociedad y a la personalidad articulados en la acción comunicativa. Esto es relevante para nuestro tema ya que bajo esta conceptualización nos otorga herramientas para el análisis de la tradición y renovación cultural; la integración social y la formación de identidades personales (Habermas, 2002).

¹⁸ Según Bizberg, (1989) el modelo habermasiano es el primero que acepta que la identidad sólo puede constituirse en el contexto de una relación con el mundo externo.





Eleocadio Martínez Silva

que entienden una pluralidad de actores, es decir, del entendimiento sobre algo y su validez.¹⁹

Habermas ofrece un paraguas analítico que permite observar la interacción de los procesos identitarios con las tradiciones culturales y las relaciones sociales, en la medida que "... no solamente reconoce el entendimiento, vía acción comunicativa, si no las solidaridades e integración a órdenes sociales percibidos como legítimos, además de procesos de socialización dados en las mismas interacciones" (Estrada, 2000: 141) En la propuesta habermasiana las interacciones sociales se pueden analizar en función de criterios instrumentales, normativos e intersubjetivos. ¿A través de qué órdenes sociales los obreros generaron solidaridades e integraciones?

Para Habermas, la identidad²⁰ es generada en las interacciones comunicativas que entablan los sujetos mediadas por el lenguaje, es un producto estructurado comunicativamente en un mundo cultural lleno de sentido y siempre en relación a grupos de pertenencia que tienen una continuidad más allá de la biografía de sus miembros.²¹ Asimismo, la identidad social tiene su fundamento en la existencia de un mundo de vida que funciona como recurso a través de estructuras de sentido de un mundo objetivo, un mundo social y un mundo subjetivo, "los cuales son espacios donde hablantes y oyentes emplean el sistema de referencia que constituyen los tres mundos como marco de interpretación dentro del cual elaboran las definiciones comunes de su situación de acción". (Habermas, 2002: 171) Los agentes comunicativos se mueven siempre en este horizonte que es su mundo de la vida; de él no se pueden salir.²²

¹⁹Habermas retoma a Mead, para quien la identidad se construye a través de la intersubjetividad.

²⁰ Habermas no establece ninguna división entre identidad individual e identidad social.

²¹ Habermas, (1981).

²² A diferencia de la Fenomenología Trascendental de Husserl, Habermas se atiene a una perspectiva en términos de lo que él llama una pragmática formal, lo que le permite tener una visión global de las estructuras del mundo de la vida en general (hay que tomar en cuenta que Schutz describe también la articulación espacio-tem-





“Los conceptos formales de mundo constituyen el armazón categorial que sirve para clasificar en el mundo de la vida, ya interpretado en cuanto a sus contenidos y situaciones problemáticas, es decir, situaciones necesitadas de acuerdos. Hablante y oyente pueden cualificar los referentes posibles de sus actos de habla de modo que les sea posible referirse a ellos como algo objetivo, algo subjetivo o algo formativo” (Habermas, 2002:179)

Las estructuras del mundo de la vida fijan las formas de intersubjetividad del entendimiento posible, es algo trascendental: “una emisión concuerda con el mundo (objetivo, social, subjetivo) y en que pueden criticar y exhibir los fundamentos de esas pretensiones de validez, resolver sus disentimientos y llegar a un acuerdo. Así, la identidad es posible en la medida de que existe un trasfondo en forma de comunidad –saberes y prácticas culturales- que le da a los sujetos la seguridad de que se encuentran en un mundo común previamente construido que les sirve como referencias para su acción en el mundo”. (Habermas, 2002:179) ²³ ¿Qué mundo en común compartieron los ex obreros? ¿Cuáles son los saberes y prácticas culturales compartidas?

En la práctica comunicativa cotidiana²⁴ los individuos se encuentran en una actitud de participantes y hacen exposiciones narrati-

poral y social del mundo de la vida cotidiana) Habermas abandona las categorías de la filosofía de la conciencia en que Husserl trata la problemática del mundo de la vida, por lo que representa al mundo de la vida como un acervo de patrones de interpretación transmitidos culturalmente y organizados lingüísticamente. Es decir, Habermas abandona la fenomenología en la medida que entiende los plexos de remisiones como plexos semánticos que establecen una mediación entre una emisión comunicativa dada, su contexto inmediato y su horizonte de connotaciones semánticas. En la acción comunicativa los participantes persiguen de común acuerdo sus respectivos planes de acción sobre la base de una definición común de la situación (Habermas, 2002: 176-177).

²³ El mundo objetivo se refiere a las relaciones entre cosas, en tanto el mundo social es un mundo que está constituido en relación con normas -un contexto normativo-

²⁴ En la práctica comunicativa, el lenguaje es el medio de entendimiento en que





Eleonadio Martínez Silva

vas de lo que acaece en el contexto de su mundo de la vida, por lo que “sólo podrán desarrollar una identidad personal si se dan cuenta de que la secuencia de sus propias acciones constituyen una vida susceptible de narrarse, y sólo podrán desarrollar una identidad social si se dan cuenta que a través de su participación en las interacciones mantienen su pertenencia a través de los grupos sociales y que con esa pertenencia se hallan involucrados en la narrativa exponible de los colectivos. Los colectivos mantienen su identidad en la medida que las representaciones que de su mundo de la vida se hacen sus miembros se solapan suficientemente, condensándose en convicciones de fondo de carácter aproblemático”. (Habermas, 2002:194)

La identidad se genera y se adquiere en y a través de las interacciones comunicativas mediadas por el lenguaje, ya que en cada acción comunicativa los actores reafirman simultáneamente su cultura compartida, el mundo social al que pertenecen y sus respectivas subjetividades, por lo que en el análisis de las identidades se debe adoptar la perspectiva interna de los sujetos implicados en la comunicación, ya que sólo son observables cuando los sujetos objetivan narrativamente su experiencia identitaria o la expresan en actos u objetos simbólicos susceptibles de interpretación. Esto se explica porque asignan conceptos profanos del mundo que define el estado de las cosas, ya que “por el hecho de ponernos a narrar, esto es, en virtud de la propia forma de narrar, elegimos una perspectiva que nos fuerza gramaticalmente a poner a la base de la descripción, como sistema cognitivo de referencia, un concepto cotidiano de mundo de la vida” (Habermas, 2002: 194)

En la misma sintonía habermasiana sobre identidad y narración, para Hannah Arendt la identidad tiene que ver, por un lado, con las narraciones que los individuos hacen de su experiencia y, por otro lado, depende, además, del relato que se cuente sobre la vida de la

hablantes y oyentes se refieren, desde el horizonte preinterpretado que el mundo de vida representa, simultáneamente a algo en el mundo objetivo, en el mundo social y en el mundo subjetivo para negociar definiciones de la situación que pueden ser compartidas por todos (Habermas, 2002).





persona o el colectivo. Los individuos “narramos historias para hallar y generar el sentido de nuestra existencia individual y colectiva, para morar en el mundo y sentirnos en él en casa. La narración adquiere un mayor significado existencial en la medida que ilumina nuestras vidas, devela el mundo tal y como es, y porque es capaz de fundar relaciones entre los hombres” (Citada en Estrada, 2003: 227). Además, Arendt entiende la narración como juzgante: “la narración es un experiencia reflexionada y configurada lingüísticamente, una experiencia sólo aparece cuando se le expresa, si se deja de expresar es como si no hubiera existido. La narración es la forma privilegiada, si bien no exclusiva ni excluyente, de configurar y representar significativamente la experiencia humana. La narración y el juicio no son idénticos, pero, en la investigación constituyen una unidad. De ahí que la narración es una forma autónoma y también una explicación y comprensión de los fenómenos sociales”. (Citado en Estrada, 2003: 227)

Desde la sociología de la vida cotidiana la construcción las identidades obreras, implica dar cuenta de las interacciones comunicativas que emprenden los obreros entre ellos y con los otros. Interacciones ligadas a su mundo cultural y a su pertenencia de clase. Implica explorar el horizonte de vida de los trabajadores. El trasfondo en forma de comunidad –saberes y prácticas culturales- que les da la seguridad de que se encuentran en un mundo común previamente construido que les sirve como referencia para su acción en el mundo.

Implica, también, dar cuenta de las interacciones entre los diferentes espacios de la vida cotidiana de los fundidores: el trabajo, la familia, el barrio, los espacios recreativos. Ubicar la jerárquica sociohistórica de las actividades en la vida de los sujetos. Implica dar cuenta de las características y estructuras de significado de la socialización y re-socialización de los obreros.

Componentes de diferenciación de identidades obreras

A través de una reflexión crítica de la perspectiva del curso de vida, se pueden agregar nuevos criterios para la comprensión de las iden-



tidades obreras en cuanto a componentes de diferenciación entre los trabajadores. Este es el objetivo del presente apartado.

Dos conceptos son básicos en la perspectiva del curso de vida: las trayectorias y transiciones que representan la visión de corto y largo plazo en el enfoque analítico. La dinámica del curso de vida toma lugar en el extenso lapso de tiempo. La trayectoria es cambiante e influenciada por acontecimientos históricos, son secuencias de actividades, roles que se llevan a cabo a través de instituciones sociales o redes sociales. Las transiciones son movimientos de un grupo a lo largo de su vida y están siempre articuladas a trayectorias que les dan significado y forma distintiva, implican un cambio donde hay una redefinición de la red de relaciones sociales. (Elder, 1985)

En este sentido, y para fines de la presente obra, se señala que la conformación de una identidad obrera toma lugar en un extenso lapso de tiempo -una trayectoria de trabajo, la vida en el barrio, la ubicación en la familia y los amigos de origen-, pero también se modifica dentro de lapsos cortos, marcados por la transición de eventos específicos como dejar un trabajo obrero, nuevos amigos o una carrera escolarizada. Las transiciones están siempre articuladas a trayectorias que les dan significado y forma distintiva a las identidades obreras. Los conceptos de período histórico, cohorte y edad son relevantes en el análisis de las trayectorias identitarias: ¿en qué momento de la vida social y económica se adquiere la experiencia obrera?, ¿momento de crisis o auge económico o momento de flujo o reflujo de activismo obrero?, ¿qué conjunto(s) de trabajadores han vivido las mismas experiencias obreras en determinado momento histórico?, y, ¿a qué edad se adquiere la socialización de las experiencias obreras?

Estas mismas interrogantes caben para comprender los cambios y continuidades de los obreros con el colapso de su mundo obrero: ¿en qué momento de su vida se experimentó la ruptura?, ¿en qué momento social y económico?, ¿a qué edad?



1.3 Convertirse en “ex” obrero

Ahora bien, ¿qué pasa en el terreno de las identidades cuando las personas dejan de ser obreros?, ya sea por haber sido expulsados del mundo fabril –sufrir una inflexión en su trayectoria de vida- o por no desear seguir pensándose como obreros. Pienso que este proceso puede ser comprendido y explicado a través de la perspectiva metodológica adoptada en algunas investigaciones dentro del marco de las teorías del Rol, en donde se han realizado aportes sobre los procesos en los que están envueltos los individuos que salen de una institucional forma de vida²⁵ y a través de los estudios que vinculan la sociología y la psicología clínica para el análisis de los procesos de desplazamiento social.²⁶

La propuesta de Fuchs, utiliza dos conceptos básicos: *disengagement* (desembrague) y *disidentification* (desidentificación), “mientras el desembrague se refiere a la disociación de los derechos y obligaciones asociados con el rol otorgado, desidentificación se refiere al proceso de dejar de pensar para sí en el rol anterior. Desembrague conduce a la desidentificación en el sentido de que son los individuos quienes cancelan las expectativas sociales de determinados roles iniciando un desplazamiento de sus identidades a nuevas direcciones, esto es, ellos comienzan a pensarse a sí mismos apartados de las personas de las que ellos fueron parte en sus previos role” (Fuchs, 1988: 4)

A manera de hipótesis de trabajo, siguiendo algunos aspectos metodológicos propuestos por Fuchs²⁷, afirmo que las personas que dejan de ser obreros se encuentran en un proceso contradicto-

²⁵ Fuchs Ebaugh, Helen (1998).

Entiendo lo problemático de relacionar el concepto de Rol con el de la Identidad, sin embargo, para fines de la presente investigación resulta de mucha utilidad el hacer uso de su andamiaje metodológico.

²⁶ De Galuejac, Vincent (1991).

²⁷ Como se podrá observar, cuando nos circunscribimos a la esfera metodológica de la constitución del rol, se pueden observar una importante confluencia con la perspectiva metodológica de los estudios sobre la construcción de la identidad.



Eleocadio Martínez Silva

rio en donde unos individuos hacen uso de algunos rasgos de su identidad obrera y otros la re-significan; unos logran establecer una nueva identidad y otros no, o no lo buscan; otros más están envueltos en procesos de reforzamiento y/o resignificación de sus prácticas identitarias, tanto para resistencia como acomodamiento a la nueva realidad.

En este proceso contradictorio -reforzamiento y/o resignificación de rasgos identitarios- habría que interrogarse sobre la característica de la relación que establecen con amigos, esposas, vecinos, compañeros de trabajo; si las mismas personas entran a un proceso de dejar de pensarse a sí mismos como obreros; si comienzan a pensarse apartados de las personas de las que ellos formaron o forman parte como obreros; si entran en un proceso de aprendizaje de nuevas formas de pensar, de ver la vida.

También, como hipótesis de trabajo, señalo que lo que distingue a estas personas es el hecho de que a la nueva identidad incorporan vestigios y residuos de su pasado. Por lo tanto, un individuo tiene una identidad del yo que es formada como resultado de numerosas experiencias de vida. En este sentido, para los obreros una experiencia central es haber sido parte de un grupo previo, por lo que para estar integrados y ser individuos plenos incorporan su historia pasada dentro de su identidad actual. Por lo tanto, ellos deben estabilizar nuevas identidades que incorporan a su pasado.

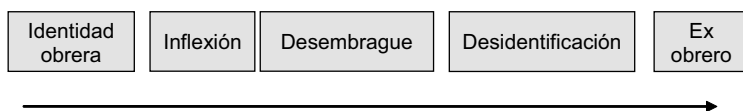
El proceso de cambio y continuidad de identidad envuelve tensiones entre el pasado, presente y futuro, ya que la identidad pasada atraviesa las vidas de las personas e impacta en cómo los individuos se mueven para incorporar identidades pasadas dentro de la presente concepción del yo. Los ex obreros tienden a mantener un residuo de su identidad obrera cuando ellos se mueven dentro de nuevas situaciones sociales. Este residuo es parte de la identidad del yo y puede ser incorporado dentro de las ideas actuales del yo.

Este proceso involucra ajustes y adaptaciones, no solamente sobre la base de confecciones individuales de los cambios, sino también con otros significados asociados con otras personas. El ex obrero, y el que ya no se piensa como tal tiene relaciones únicas tanto





Proceso de convertirse en ex obrero



con los antiguos miembros del grupo -individuos con quienes compartía el mismo estatus social e identidad- y con aquellas personas con las que establece nuevas relaciones.

Al asumir la propuesta metodológica de De Gaulejac se sostiene que en el desplazamiento de un mundo obrero a uno no obrero, además de aspectos estructurales, cada individuo (o grupo de individuos) se adapta a las nuevas situaciones de acuerdo a su capacidad personal de adaptación que es el motor de su historia.²⁸ En ese proceso de convertirse en “ex”, los fundidores ocupan lugares diferentes y por lo tanto son atravesados por conflictos de *habitus* (en el sentido de Bourdieu) que pueden ser traducidos en una tentativa de reproducir los viejos *habitus* dentro de las nuevas situaciones.²⁹ En este sentido, la multiplicidad de posicionamientos conduce al individuo a incorporar habilidades y hábitos diversos y en algunas ocasiones contradictorios. ¿De qué manera los ex obreros tuvieron que operar y ajustar sus contradicciones entre el mundo obrero y su nuevo mundo laboral? ¿Tuvieron que producir nuevos escenarios de vida?

Usando la perspectiva metodológica de De Gaulajec, en el proceso de convertirse en ex obreros se presentaría una relación de desajuste-ajuste; desidentificación-identificación:

“En los desplazamientos de trayectorias muestran que la distancia entre las posiciones objetivas y posiciones subjetivas que ese desplazamiento produce, se da una distancia entre el lugar y las relaciones en el lugar. Es en esas distancias donde

²⁸ De Gaujelac, Vincent (1991). p. 77.

²⁹ (De Gaulejac, Vincent 1991: 78).



Eleocadio Martínez Silva

el individuo trabaja en un proceso de desajuste-ajuste; desterritorización-territORIZACIÓN; desidentificación-identificación; desidealización-idealización. Se da un proceso dialéctico que al igual tiende a (re) producir y reeditar en esa transformación". (De Gaulejac, 1991: 79)

El desplazamiento se traduce en conflictos relacionales. Las relaciones afectivas son condicionadas por relaciones sociales. Se da un proceso de proximidad afectiva-proximidad social. Con el desplazamiento social se da una desincorporación del *habitus*: cambio de gustos, hábitos y relaciones con los objetos. El desplazamiento social entraña una serie de conflictos afectivos, ideológicos y culturales, relacionales, políticos que se cristalizan dentro de las relaciones del individuo, en su lugar y en su identidad.

Es en este contexto de desplazamiento social donde la identidad es definida. Es el resultado de diferentes posiciones ocupadas (vertiente de identidad social) y de relaciones subjetivas de ciertas posiciones (vertiente psíquica). Esta definición conlleva a un doble sentido de identificación: por un parte, el proceso por el cual un sistema social permite nombrar y situar a cada individuo dentro de un orden, y por otra parte, el proceso psicológico por el cual la personalidad se constituye a partir de adquirir -todo o en partes- las propiedades, los atributos, las cualidades de las personas que la rodean.³⁰

De esta manera, la identidad es producto de un doble momento: interior y exterior. Es una construcción dinámica, resultado del trabajo del individuo que trabaja para afirmar su singularidad y une una realidad multiforme y heterogénea, encontrando las mediaciones frente a sus contradicciones psicológicas, psíquicas y sociológicas que lo atraviesan. ¿De qué tipo de mediaciones echaron mano los ex obreros? ¿Cuáles son las contradicciones en que están envueltos?

³⁰ (De Gaulejac, 1991: 97).





Estos dos mundos son contradictorios. El individuo se siente atravesado por un doble sentimiento de pertenencia hasta que viene a operar una mediación. Si el desdoblamiento es un proceso psicológico que caracteriza un conflicto interno al individuo, éste es producto de una situación social. Parece que el individuo se enfrenta a la co-existencia de dos grupos sociales diferentes y opuestos a los que de una manera él pertenece, al uno y al otro, los cuales separa y recupera.

El desplazamiento produce una ruptura, en principio, entre el sujeto y su medio de origen, después en el interior de sí mismo, “en la parte de él mismo que interioriza el lenguaje, los hábitos, el código cultural de los nuevos grupos de pertenencia”. (De Gaulejac, Vincent, 1991:249) Con el desplazamiento, las personas que lo experimentan están en dos mundos diferentes y opuestos, de los cuales, como ya se mencionó de una u otra manera recupera y divide, lo que los envuelve en las contradicciones propias de individuos partidos entre dos culturas.

En el caso de la experiencia de los ex obreros, ¿se puede hablar de dos mundos diferenciados? Más aún, ¿con su salida del mundo obrero consideran a sus nuevos trabajos únicamente como una manera de subsistencia o una condición para realizar cualquiera de sus deseos, como el de desarrollar una identidad? ¿Cuáles son las contradicciones que viven los ex fundidores? ¿El trabajo en la fábrica les confirió un estatus particular? ¿En el mundo fuera de la fábrica ese estatus no es comprendido?

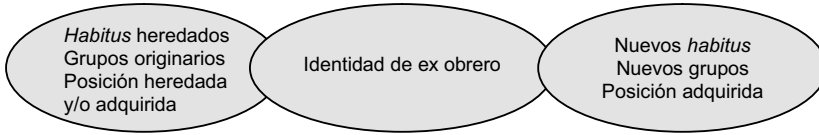
El desplazamiento social produce una ruptura de acceso entre el sujeto y el medio de origen, ya que al interior de sí mismo entre la parte de sí mismo que queda agregado a la posición inicial es la parte del sí mismo que interioriza el lenguaje, los hábitos, el código cultural de sus nuevos grupos de pertenencia. A la ruptura entre dos universos sociales extraños, el uno y el otro son el cruceo el cual atraviesa el individuo.

En primer lugar, los ex obreros están divididos en dos partes antagónicas, en una coexistencia de dos universos separados, producto de dos grupos sociales dentro de la historia de los fundidores.



Eleocadio Martínez Silva

Convertirse en ex obrero



Un grupo originario que marca la posición heredada y/o adquirida en donde incorpora los hábitos en un momento de la vida. Y el nuevo grupo al que pertenecen, donde él adquiere los hábitos en curso.

Por otra parte, algunos ex fundidores necesitan desprenderse de sus grupos originarios para asimilarse a otros grupos. Se da un proceso de des-agregamiento y opera un trabajo de des-identificación y des-idealización de los valores del grupo.

También, los ex obreros intentan atenuar los efectos de la ruptura, asimilando el lenguaje, los hábitos, los valores y los signos de pertenencia de los nuevos grupos. Tiene nuevos objetos de identificación e idealización. La distancia se atenúa, se desarrollan dos procesos, uno de integración y otro de asimilación.

Frente a esas contradicciones, tienen sentimientos de doble pertenencia. A ese conflicto de pertenencia los fundidores tienden a aislarse y buscan grupos intermedios. Es decir, para enfrentar el aislamiento buscan a grupos intermediarios entre los grupos de origen y los nuevos grupos de pertenencia.

Además, los fundidores al entrar al mundo de precariedad e inestabilidad laboral, no valoran las relaciones personales y no buscan establecer una relación para integrarlas a su red social, ocurriendo lo que de Gaulejac denomina fenómeno de des-investimento, es decir, la ausencia de un proyecto social.

Por ello, los ex fundidores tendieron a transformar las tipologías sociales para evitar una regresión. Algunos fundidores se reconvirtieron, se modernizaron para evitar una regresión.³¹

³¹ La regresión si bien entraña sentimientos esencialmente negativos, como la

Por último, los dos mundos son la base de la acción política, social y cultural de los fundidores. Ambos mundos concentran algunas de las dos trayectorias homogéneas, sus conflictos son similares, así como las relaciones ambivalentes que enfrentan.

Bibliografía

- Arendt, Hannah (1998). *La condición humana*. Paidós, Estado y Sociedad.
- Berger, Peter, Berger, B. y Keller, H. (1979). *Un mundo sin hogar: Modernización y conciencia*. Barcelona: Sal Térrea.
- Berger, Peter y Thomas Luckmann (1976). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Berger, Peter, (1982). *La identidad como problema en la sociología del conocimiento* Compilado por Gunter Remmling, Gunter 2223-2333. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bizberg, Ilán (1989). "Individuo, identidad y sujeto" *Estudios Sociológicos* 555 (enero-enero):2-2
- De Gaulejac, Vincent (1991). *La névrose de classe: trajectoire sociale et conflicts d'identité. Hommes & groupes éditeurs.....*
- Dubar, Claude (1998). *Sociologie des professions*. Paris: Armand Colin.
- Dubet, Francois, (1989), "De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto", *Estudios Sociológicos* 21 (enero.diciem) 2-2.
- Elder, Glen, (1985). *Life Course dynamics: Trajectories and transitions*. Nueva York: Cornell. Ithaca.
- Estrada, Marco (1995). *Participación política y actores colectivos*. Universidad Iberoamericana y Plaza y Valdés.
- _____ (2000). "La vida y el mundo: distinción conceptual entre mundo de vida y vida cotidiana" *Sociológica* 43. (mayo-agosto) Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco : 2-2.
- _____ (2003). *Decir cómo fue: el juicio y la narración en la obra de Hannah Arendt*. Compilado por Marco Estrada 224-2344. México: Universidad Autónoma Metropolitana- Atzacapotzalco y Plaza y Valdés.
- Fuchs, Ebaugh, Helen (1998). *Becoming an Ex. The process of role exit*. Chicago and London: The University of Chicago Press.
- Gaytán, Patricia (2001). "Hannah Arendt y la cuestión social" *Sociológica*.47 (enero-enero): 109.

desvalorización y la humillación, según De Gaulejac la regresión está impregnada de fundamentos ideológicos.

- Giddens, Anthony (1977). *Modernidad e identidad del yo : el yo y la sociedad en la época*. Península.
- _____ (1997). *Política, sociología y teoría social: Reflexiones sobre el pensamiento social clásico y contemporáneo*. Paidós.
- Giménez, Gilberto (1992). “La identidad social o el retorno del sujeto en sociología” en *Estudios de Comunicación y Política*, 2 (abril): 183-205.
- Gleizer, Marcela (1977). *Identidad, subjetividad y sentido en las sociedades complejas*. México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales Juan Pablos Editores.
- Goffman, Erving (1993). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu.
- _____ (1970). *Estigma. La Identidad deteriorada*. Amorrortu. Buenos Aires.
- Guadarrama, Rocío (1995). “De la cultura obrera las culturas laborales: reseña de un debate” *El Cotidiano* 73 (noviembre-diciembre): 2-1.
- _____ (2006). “Las identidades sociolaborales y profesionales de las mujeres en contextos laborales feminizados: una propuesta de análisis”. Ponencia presentada en el V Congreso de la Asociación Mexicana de Estudios del Trabajo.
- Habermas, Jürgen (2002). *Teoría de la acción comunicativa II*. Taurus.
- _____ (1989). *El discurso filosófico de la modernidad*. Taurus.
- _____ (1981). *La construcción del materialismo histórico*. Taurus .
- Hareven, Tamara y Masaoka Kanij (1988). “Turning Points and Transitions: Perceptions of the life course”. *Journal of Family History*. (agost-agosto).
- Heller, Ágnes (1977). *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Península.
- Lenz, Claudia (2003). *¿El fin o la apoteosis de la labor? La vida buena y la labor en la modernidad tardía* Compilado por Marco Estrada. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Atzacapotzalco y Plaza y Valdés.
- Maffesoli, Michel (1990). *El tiempo de las tribus. El declive del individualismo en las sociedades de masas*. Icaria.
- Margel, Geysler (2001). “Entre la incertidumbre y la certeza: una identidad profesional que busca su expresión. Tesis doctoral en sociología. México: El Colegio de México.
- Monsiváis, Carlos, (1987), “Notas acerca de la cultura obrera”, compilado por Victoria Novelo. México: Instituto Mora-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Nieto, Raúl, (1992), “Ciudad, cultura y clase obrera: una aproximación antropológica”. Tesis de Maestría en Antropología social. México: Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Novelo, Victoria, (comp.), (1999), *Historia y cultura obrera*. México: Instituto Mora-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Parsons, Talcott (1968). *The position of identity in the general theory of action*. Compilado por C. Gordon y K. Gergen 22333-33333. New York: Wiley.
- Parsons, Talcott (1968). “The position of identity in the general theory of action”, e

Humanitas Ciencias Sociales

- Compilados por C.Gordon y K. Gergen. New York: Wiley.
- Reygadas, Luis (1998). "Mercado y sociedad civil en la fábrica". Tesis Doctoral en Ciencias Antropológicas. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- Sariego, Juan Luís (1988). Enclaves y minerales en el norte de México: historia social de los mineros de Cananea y Nueva Rosita. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Sennett, Richard (2002). *La corrosión del carácter: las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Anagrama.
- Schütz, Alfred (1972). *Fenomenología del mundo social*. Paidós.
- Schutz, Alfred y Luckmann, Thomas, (1977), *Las estructuras del mundo de vida*, Amorrortu.
- Vázquez, Luís (1999). *Identidad, benequén y trabajo: los desfibradores de Yucatán*. México: El Colegio de México.